

EL PEN Club de Cuba

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

Los círculos artísticos y literarios no suelen caracterizarse por el clima de cordialidad, armonía y tolerancia entre sus miembros. Por desdicha prevalece en ellos, al margen de su situación geográfica, un ambiente de rivalidad y discordia, de desencuentros ideológicos y de intereses oportunistas, de envidia y de competencia desleal, ya sea de un modo evidente o solapado. Sabido es que en los creadores impera por lo general un sentido muy concentrado de amor propio y una vanidad insaciable que, al hipertrofiarse, saca a flote el egoísmo, el rencor, la ingratitud y otros defectos que están muy lejos de enaltecer al ser humano. A través de ese torcido sendero se avivan los malos sentimientos, se deterioran las relaciones de amistad y crece la ponzoña del individualismo extremo.

Con el loable y quizás ingenuo propósito de superar esta situación en el gremio de los escritores, periodistas, historiadores y críticos, y propiciar un espacio favorable a la camaradería, el respeto mutuo y la solidaridad limpia y sin prejuicios, en 1921 la poetisa y novelista inglesa C. A. Dawson Scout concibió la creación del P.E.N. Club Internacional. La idea ganó adeptos y dos años después logró constituirse en Londres esa asociación, con el novelista John Galsworthy como presidente. Desde su origen se declaró una entidad apolítica y no gubernamental, que aboga por la libertad de expresión y de pensamiento, estimula la creación literaria y no establece exclusiones por motivos de raza, sexo, religión o nacionalidad. Cada uno de sus miembros debe comprometerse a promover la amistad entre los escritores.

A continuación fueron fundadas en Francia, España y en otros países europeos las respectivas filiales del P.E.N. Club, cada una de ellas con un programa propio de actividades y de compromisos, pero siempre bajo la

bandera de los mismos ideales. Tras el fallecimiento de Galsworthy asumió la presidencia en 1933 H. G. Welles, a quien sustituyó en el cargo en 1936 el autor francés Jules Romains. No se contaba entonces con una situación política internacional propicia para empresas culturales de carácter tan pacífico; el fascismo se extendía por Europa, Italia había invadido Abisinia (actual Etiopía) y la Guerra Civil Española había comenzado. A pesar de esa coyuntura desfavorable, en 1939 se efectuó en Nueva York el Congreso del P.E.N. Club, al que asistió en calidad de invitado Jorge Mañach. Este intelectual cubano de reconocido prestigio, prosista impecable, autor de varios ensayos y en aquellos días profesor del Departamento Hispánico de la Universidad de Columbia, recibió entonces por parte del dramaturgo Hermon Ould, Secretario Internacional de los P.E.N. Clubs, la exhortación a que constituyera la filial cubana.

Mas en nuestro país tampoco existían las condiciones adecuadas para llevar adelante, con feliz término, esa encomienda. Las tensiones políticas no habían cesado, se carecía de un definido orden constitucional y no pocos intelectuales, artistas y hombres públicos se hallaban en el extranjero, en algunos casos como prolongación de una salida al exilio ocurrida años antes. Para colmo de desventuras ocurrió poco después el estallido de la Segunda Guerra Mundial y acabó de dislocarse el orden en los vínculos internacionales.

En agosto de 1945, con la rendición del imperio japonés, se puso fin a tan devastadora contienda. Atrás quedaban incontables batallas con su saldo terrible de grandes pérdidas humanas y materiales. La destrucción, las carencias y las dificultades eran de grandes proporciones; mas se imponía llevar adelante un proceso de reconstrucción capaz de reanimar las

economías y establecer un clima de convivencia pacífica que echase a un lado el lenguaje de las armas. A pesar de la magnitud de aquel reto prevalecía un optimismo general en el esfuerzo que conllevaba el acto de reedificar. El futuro, después de tan terrible experiencia, tenía que ser mucho más luminoso. La Conferencia de San Francisco, celebrada unos meses antes, así lo anunciaba.

Cuba, nación beligerante durante la guerra, en la misma trinchera que los Aliados, también recibió con júbilo la derrota del Eje Fascista. En el país se había logrado establecer, después de graves conflictos internos, un ambiente de normalidad política, todos los partidos se encontraban legalizados y desarrollaban sus campañas con apego a la ley. Aún no había comenzado la Guerra Fría y se daban la mano amistosamente, en una alianza democrática, los seguidores de distintos credos ideológicos. La vida política cubana se hallaba animada, además, por la activa participación de numerosos intelectuales y de diversos refugiados procedentes de Europa, entre ellos los exiliados republicanos españoles.

En este ambiente nacional y extranjero propicio para la ilusión, el diálogo respetuoso y la realización de proyectos culturales, Mañach lanzó la propuesta de crear el P.E.N. Club de Cuba y su llamado fue bien recibido por todos. El viernes 21 de septiembre de 1945, en su domicilio, fue constituida esta organización. En calidad de Socios Fundadores tomaron parte en total 37 escritores, entre ellos el hispanista José María Chacón y Calvo, los poetas Gastón Baquero, José Z. Tallet y Herminia del Portal, los narradores Enrique Labrador Ruiz, Miguel de Marcos y Federico de Ibarzábal, los ensayistas José Antonio Fernández de Castro y Francisco Ichaso, los periodistas Rafael Suárez Solís, Gustavo

Urrutia y Arturo Alfonso Roselló y los historiadores Ramiro Guerra, Emeterio Santovenia y Rafael Esténger. A esa relación debemos sumar a varios autores españoles exiliados, como la pensadora malagueña María Zambrano, el periodista madrileño Rafael Pérez Lobo y los narradores Lino Novás Calvo, gallego, y Luis Amado-Blanco y Antonio Ortega, asturianos. Era esta una demostración de que el P.E.N. Club de Cuba surgía también con un espíritu acogedor y hospitalario, ajeno a cualquier nacionalismo.

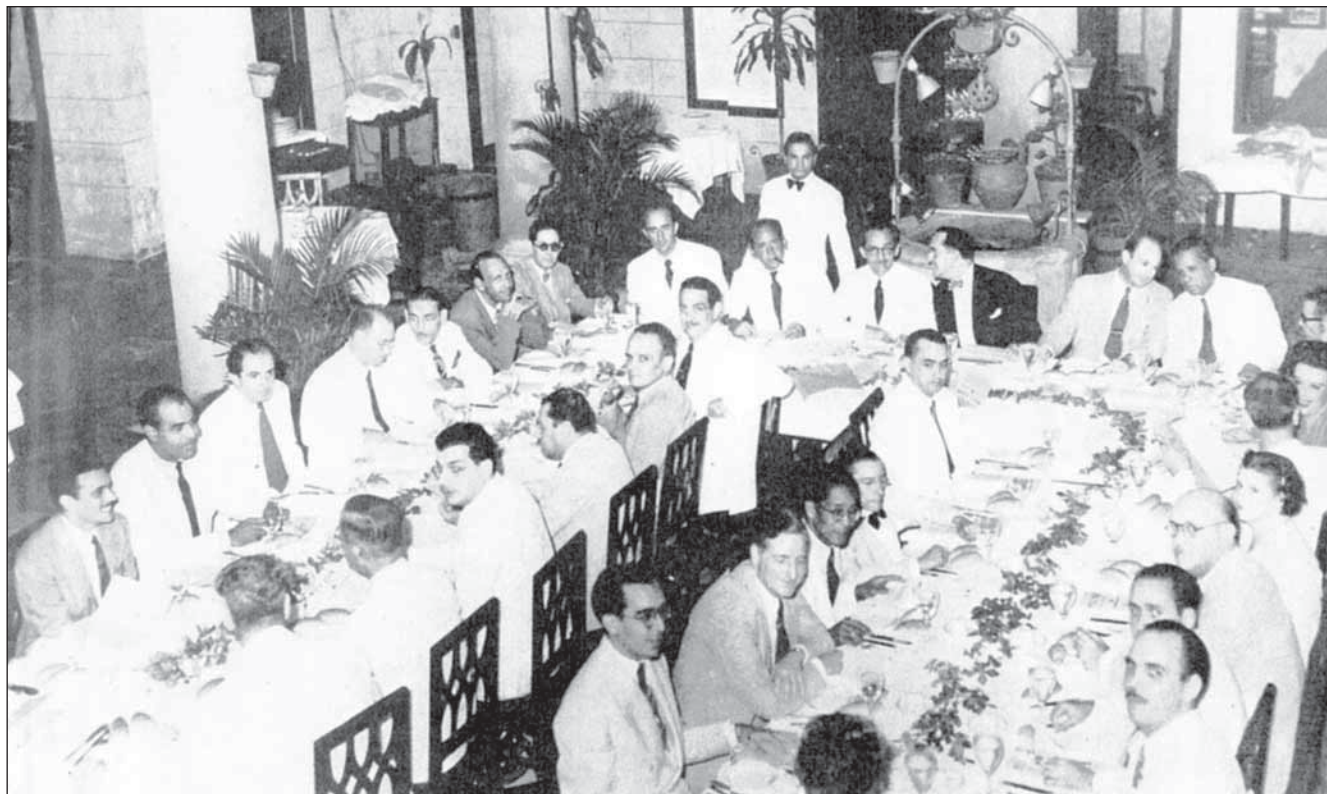
La dirección de esta entidad quedó formada del siguiente modo: Jorge Mañach, Presidente; el crítico de teatro y de cine José Manuel Valdés-Rodríguez, Secretario-Contador, y como vocales Luis Amado-Blanco, Miguel de Marcos, Labrador Ruiz, el ensayista Francisco Ichaso y el dramaturgo Luis A. Baralt¹. Dos días después de su constitución dio a conocer a través de la prensa un manifiesto cuyo primer párrafo dice así:

“Por mucho tiempo se ha dejado sentir en Cuba la conveniencia de crear

y mantener una sociedad de escritores merced a la cual se hiciesen visibles y cobrasen fecunda eficacia el sentimiento de solidaridad que naturalmente existe entre los hombres de letras y el reconocimiento de los intereses comunes que los unen por encima de todos los matices específicos de opinión. Estos intereses son, fundamentalmente, la libertad de pensamiento, la sustentación de la dignidad de las tareas creadoras y críticas del espíritu y la preservación y fomento de condiciones externas propicias a la actividad cultural.”²

En esta declaración oficial de igual forma se subrayaba el propósito del P.E.N. Club de combatir la dispersión que en Cuba preveía entre los intelectuales, darle continuidad a las tertulias y a los cenáculos literarios surgidos en el siglo XIX, favorecer la comunicación cordial entre sus miembros y contribuir al medio cultural cubano. Entre sus aspiraciones se encontraban, además, la realización de actos públicos y la fundación de una revista o boletín que tuviese carácter de órgano de divulgación.

El primer encuentro oficial de sus miembros se realizó el jueves 4 de octubre y consistió en un almuerzo de confraternidad celebrado en el Restaurante París (hoy El Patio), de la Plaza de la Catedral. A la cita acudieron, además de los integrantes de la mesa directiva y gran parte de los socios fundadores, entre ellos los poetas Mariano Brull, Regino Pedroso y Nicolás Guillén y el ensayista Juan Marinello, estos dos últimos igualmente figuras destacadas del Partido Socialista Popular (Comunista), otros escritores que decidieron incorporarse a la recién creada asociación. Por acuerdo de los presentes se decidió fijar los encuentros para el primer jueves de cada mes y enviarle al Presidente de Argentina, general Edelmiro Farrell, un mensaje de protesta por la represión que había desatado contra profesores, estudiantes y escritores. Como resumen del acto Mañach leyó un discurso titulado “Convivencia y valoración”, al que pertenecen estos dos significativos párrafos:



Almuerzo del PEN Club. En la presidencia, de izquierda a derecha: Amado-Blanco, Labrador Ruiz, Mañach, Valdés-Rodríguez, Ichaso y Guillén.

“No es necesario que hagamos de esto una academia, ni que nos andemos exhibiendo aparatosamente nuestras ideologías y nuestras estéticas para que, de la conversación sencilla y cordial, surjan corrientes de comunicación que revelen con inigualada intimidad lo que cada cual quiere para su obra. Detrás de cada criatura del espíritu, como de la carne, hay un ensueño de amor que fue su semilla y que sólo por el corazón se adivina. La cordialidad es, pues, conocimiento también, y la convivencia fraterna no tiene por qué frustrar la crítica.”

“Ni va a ser el P.E.N. Club, por supuesto, una bolsa cerrada de valores literarios. En primer lugar, no estamos cerrados a nada ni a nadie, como no sea a las ventoleras de la pasión o de la simple vacuidad. En segundo lugar, siempre conservaremos nuestros democráticos respetos por las libres cotizaciones de la acera, que es por donde transita nuestra más cara clientela. En fin: lo único que queremos es servir a la cultura cubana sin rigideces ni pedanterías, y honrar nuestro oficio.”³

El surgimiento de esta entidad provocó una reanimación del ambiente intelectual cubano y el suceso fue saludado por medio de varios artículos que Chacón y Calvo, Juan J. Remos, Ernesto Fernández Arrondo, Rafael Suárez Solís, Gastón Baquero y Novás Calvo, además de Mañach, dieron a conocer a través de los principales periódicos habaneros. Aires renovadores parecían llegar a la cultura cubana por medio de este espacio que se abría a todos con una voluntad democrática e integradora y estimulaba la creación literaria y el reconocimiento social de la labor del escritor.

Con el título de *Sobremesa del P.E.N. Club*, en aquel mes de octubre de 1945 comenzó a publicarse el boletín de dicha asociación. Aunque su carácter era eminentemente divulgativo e iba encaminado a informar acerca de los actos celebrados y la incorporación de nuevos miembros, en sus pocas páginas hubo lugar para ofrecer algunos discursos y breves comentarios sobre los libros dados a conocer en aquellos días por los integrantes de la entidad. A

la misma se sumaron en las semanas siguientes, bajo el estatus de Socios Numerarios, el novelista Luis Felipe Rodríguez, el ensayista y profesor Raimundo Lazo y los intelectuales Mirta Aguirre, Manuel Navarro Luna y Edith García Buchaca, estos últimos de bien conocida militancia comunista, así como otros exiliados españoles: el teatrista catalán Francisco Parés Canel, el periodista madrileño Eduardo Ortega y Gasset y el ensayista y profesor alicantino Juan Chabás Martí, miembro además del Partido Comunista de España.

Con el ingreso de estos escritores se amplió aún más el mapa político de los socios de la organización No deja de resultar sorprendente que se hubieran sentado entonces a la misma mesa Ramiro Guerra, quien había sido fiel secretario personal del dictador Gerardo Machado, y Mañach, enemigo político de éste; el ferviente católico Chacón y Calvo y el Maestro Masón Eduardo Ortega y Gasset, presidente de la Fraternidad Española en el Exilio; Luis Felipe Rodríguez, expulsado poco antes del Partido Socialista Popular (Comunista), y sus ex-camaradas Carlos Rafael Rodríguez, Edith García Buchaca y Mirta Aguirre; Gastón Baquero, partidario de los regímenes autoritarios al estilo de los de Francisco Franco y Rafael L. Trujillo, y los republicanos españoles exiliados, el periodista Raúl Maestri, hasta poco antes acusado de simpatizar con la Alemania Nazi, y el ensayista Jorge Luis Martí, autor del texto antifascista *La democracia y la guerra* (1944), Santovenia, secretario de la presidencia durante el mandato de Carlos Mendieta, y Valdés-Rodríguez, quien sufrió prisión política durante aquel régimen. Esa diversidad, además de ser un fiel reflejo del panorama ideológico de la intelectualidad cubana, confirmaba el principio integrador del P.E.N. Club de Cuba, dentro del cual se enmarcaba, además, la presencia



de al menos cuatro escritores negros o mestizos: Gustavo Urrutia, Regino Pedroso, Baquero y Guillén.

El segundo almuerzo se disfrutó en el mismo restaurante el 1º de noviembre y por encontrarse Mañach de visita en Francia lo presidió en esta ocasión Labrador Ruiz. El ensayista y hematólogo Gustavo Pittaluga ofreció el discurso central, que estuvo dedicado a homenajear al pintor vasco Ignacio Zuloaga, fallecido el día anterior en Madrid. El poeta Justo Rodríguez Santos leyó algunos de sus poemas y se creó una comisión para honrar al novelista portugués Eça de Queirós con motivo del centenario de su natalicio. El último encuentro del año se llevó a cabo el 6 de diciembre y esta vez estuvo presidido por Ichaso. El filósofo Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro hizo la propuesta de organizar el ciclo de conferencias “Panorama crítico del siglo XIX en Cuba”, que fue aceptada, y Chabás pronunció un emotivo discurso titulado “Palabras a todos los escritores de América”. El jurista y escritor Mariano Ruiz-Funes, también perteneciente al exilio republicano español, asistió como invitado especial.

Todo parecía indicar que el P.E.N. Club de Cuba se consolidaba, de igual

modo que se incrementaba el número de sus miembros y su incidencia en el ámbito cultural. Los almuerzos mensuales continuaron en los dos primeros meses de 1946, con sus discursos habituales, y el boletín oficial no dejó de salir puntualmente. Mas pronto las desavenencias internas comenzaron a manifestarse y las diferencias ideológicas hicieron acto de presencia. La más aguda y pública confrontación sucedió a partir de los días finales de febrero, cuando se dio a conocer que Mirta Aguirre había obtenido el Premio Periodístico Justo de Lara con el artículo “Fritz en el banquillo”, publicado en mayo de 1945 en el diario *Noticias de Hoy*, órgano de los comunistas cubanos. Por motivo de discrepancias políticas, un editorial del *Diario de la Marina* correspondiente al 20 de febrero de 1946, bajo el elocuente encabezamiento de “El “Justo de Lara” al servicio del soviét”, fustigó a dicha autora y a los miembros del jurado del prestigioso concurso, que ya antes habían conquistado Mañach, Pablo de la Torriente Brau y Medardo Vitier, entre otros. *Noticias de Hoy* salió en defensa de Mirta Aguirre por medio del artículo “Nuestra respuesta a un bonche de salvajes”, publicado al día siguiente, y la polémica se extendió al tomar parte en ella con sus argumentos respectivos Gastón Baquero y Pérez Lobo, en el bando de los impugnadores del fallo, y Suárez Solís y Vicente Martínez (*Esmeril*), en el de los defensores del veredicto. También los diarios *Pueblo*, *Información* y *El Siglo* y la revista *Bohemia* le concedieron espacio a la controversia y el periodista José Ignacio Rivero Hernández, desde las páginas del *Diario de la Marina*, llamó a los que habían otorgado aquel galardón “un jurado guabinero”. El enfrentamiento subió de tono, se aproximó a la agresión verbal y condujo, por ejemplo, a la abrupta ruptura de la amistad de Pérez Lobo y Suárez Solís, quienes compartían las tareas periodísticas en *Información*.

Como integrantes del P.E.N. Club se contaban, además de la escritora premiada, algunos de los más activos detractores del resultado del concurso,

Baquero y Pérez Lobo, y dos miembros del jurado, Raimundo Lazo y Suárez Solís. El almuerzo correspondiente al primer jueves de marzo de 1946 sirvió de marco para la prolongación de la polémica y pocos días después Lazo le dirigió a Mañach, dada la condición de éste de Presidente de la asociación, una carta en la cual le solicitaba una declaración oficial de rechazo a los ataques y a las calumnias lanzadas contra los intelectuales que habían formado parte de aquel jurado⁴. Mañach dio curso a la petición y en el número de *Sobremesa del P.E.N. Club* perteneciente al 11 de abril vio la luz un pronunciamiento firmado por el Comité Ejecutivo en el cual se deploraba “vivamente el cariz de la polémica que últimamente se ha suscitado con motivo del fallo del tribunal que adjudicó el Premio Justo de Lara”.

El acto de entrega del reconocimiento se realizó en el Hotel Sevilla el 12 de marzo, en un almuerzo-homenaje ofrecido por el Club de Leones de La Habana. Entre los asistentes estuvieron la autora, los propietarios de la Tienda El Encanto, patrocinadora del premio, consistente en mil pesos, el historiador Emilio Roig de Leuchsenring, el dramaturgo José Antonio Ramos, Suárez Solís, Alfonso Roselló y el director de *Noticias de Hoy*, Aníbal Escalante. En apariencia el airado desencuentro había quedado atrás, pero en realidad habían comenzado a abrirse en el P.E.N. Club grietas insalvables.

El incremento de la ofensiva anticomunista y la agudización poco después de la Guerra Fría llevaron a los intelectuales que compartían la filosofía marxista-leninista a la retirada de esta organización, que pasaron a tachar de burguesa. A las contradicciones ideológicas se sumaron otras de índole personal y entre los intelectuales se puso al desnudo la fragilidad de los lazos amistosos y de la cordialidad que se había pretendido fortalecer. Al igual que antes, cada cual trató entonces de conquistar de modo individual un espacio en el panorama de la cultura. Y aunque esta entidad sobrevivió varios años más, presidida por Francisco Ichaso y más tarde por el historiador

Octavio R. Costa, admirador entusiasta de Fulgencio Batista, verdaderamente quedó como otro empeño colectivo frustrado.

Es muy cierto que el P.E.N. Club de Cuba tuvo una efímera y accidentada existencia; pero brilló por un instante, como una pompa de jabón. Demostró que, si se ponía empeño, era posible arribar a un remanso de tolerancia democrática, respeto mutuo y libertad de pensamiento, capaz de brindarle a los escritores la posibilidad de disfrutar de un ambiente creador. Su desafortunado final no invalida por completo el proyecto, como tampoco impide tomarlo de ejemplo y soñar hoy con futuras asociaciones de intelectuales, músicos o ingenieros cubanos en las que todos los criterios tengan cabida y prevalezca el diálogo, la comunicación y la cordialidad, no la rigidez ideológica, la exclusión y la intransigencia de cualquier tipo.



Notas:

- 1- “Constituido el PEN Club de La Habana” (sic). En *Diario de la Marina*, Año CXIII Nro. 226. La Habana, 22 de septiembre de 1945. p. 12.
- 2- “Manifiesto de fundación del P.E.N. Club de Cuba”. En *Diario de la Marina*, Año CXIII Nro. 227. La Habana, 23 de septiembre de 1945. p. 2.
- 3- Mañach, Jorge “Convivencia y valoración (Palabras en el P.E.N. Club)”. En *Diario de la Marina*, Año CXIII Nro. 237. La Habana, 5 de octubre de 1945. p. 4
- 4- Esta carta aparece incluida en el volumen *Una mirada a la vida intelectual cubana (1940 - 1950)* (Sevilla, 2007), confeccionado por el autor de este trabajo.